

XLVIII.

»Su fe confesó Eudoro; cruda muerte
 »Ferozes bestias le darán mañana.
 »¡Y quieres que no siga yo mi suerte!
 »¡Aconséjame huir siendo cristiana!
 »Yo siento una esperanza que me advierte
 »De otra dicha y belleza soberana.
 »Si débil otra vez amé esta vida,
 »La muerte me es ahora mas querida.

XLIX.

»No, no en vano, á tu vista, la onda pura
 »Del Jordan en mi frente habrá corrido.
 »Salve, salve, sagrada vestidura,
 »Cuyo precio hasta aquí no he conocido!
 »Ya lo sé, ropa santa! la tintura
 »De sangre que mañana habré vertido,
 »Hará que ante mi esposo comparezca
 »Mas digna, y su inmortal gloria merezca.»

L.

Hablando así, Cimódoce llevaba
 El vestido á su labio, y con xetremos
 De entusiasmo divino lo besaba.
 Doroteo: «pues todos moriremos
 »Si no quereis seguirmos; dí, acaba;
 »El Centurio vendrá, todos diremos
 »Nuestro nombre, y mañana de esta suerte
 »En el circo por tí nos darán muerte.

LII.

»Mas qué! ¿quieres morir sin dar consuelo
 »A tu padre, ese padre tan querido
 »Que va á quitar la vida el desconsuelo?
 »Ay! que al verle, el cabello encanecido
 »Manchado con el polvo, por el suelo
 »Arrastrarse, hacer giras el vestido,
 »Al pié de esta prision puesto en espera,
 »¡Cuánto tu corazon se enterneciera!»

LIII.

Como hielo que el frio congelante
 De una noche de Abril sola ha formado,
 Se derrite al fulgor del sol radiante;
 O como flor que rasga el delicado
 Capullo que la encierra; así al instante
 La vírgen de propósito ha mudado;
 Así el amor filial brota y florece,
 Y su primer intento desvanece.

LIII.

La vida exponer teme del cristiano
 Generoso; á la muerte marchar no osa
 Sin dar algun consuelo al padre anciano.
 Un momento se queda silenciosa
 Para escuchar al ángel soberano
 Que la habla interiormente, y misteriosa,
 Como el que algun sublime plan medita:
 «Vamos á ver mi padre!» luego grita.

LIV.

El cristiano á esta voz con mano presta
 De la vírgen cubrió la rubia coma
 Con un yelmo, y la adapta una pretexto, (4)
 Traje que el doncel noble viste en Roma:
 Ver hubieses creído la modesta
 Camila, ó bello Ascanio. Luego toma
 La tropa de la cárcel la salida,
 Y la gana sin ser reconocida.

LV.

Puesto el pié en los umbrales, en la oscura
 Noche la fiel escolta se dispersa,
 Y el santo Zacarías se apresura
 A dar la nueva á Eudoro. La perversa
 Intencion del juez Festo y la impostura
 De la carta que á Eudoro describió adversa,
 Era al Mártir notoria, y de este lado
 Se hallaba de gran pena consolado.

LVI.

Mas quando oyó decir que la cordera
 Del antro del leon habia salido,
 De súbito contento un grito diera
 Por los Mártires santos repetido;
 Que á todos igualmente entristeciera
 El duelo de que estaba poseido:
 Serenos ya, tan solo se trataba
 De la muerte que á todos esperaba.

LVII.

Gracias rinden al Todopoderoso
 Que salvó á Joás de manos de Atalía.
 Luego vuelve el discurso religioso
 Y exhortacion piadosa; discurria
 El opido be Esparta majestuoso,
 Víctor fuerte, Ginés con alegría,
 Enérgico Perseo, Tráseas tierno,
 Gervasio con uncion y amor fraterno.

LVIII.

Los jóvenes y viejos Confesores,
 Al soplo del Espíritu animados,
 De su virtud derraman los olores,
 Y ofrecen reunidos y mezclados
 De ciencia celestial frutos y flores:
 Tales ves de Campania los sembrados,
 Donde el sabio cultor sembrará el trigo
 Junto al olmo de vid frondosa amigo.

LIX.

Bien pronto la macolla va trepando
 Para tocar la cepa que, al arrimo
 Del árbol, á su turno va inclinando
 Hacia la roja espiga su racimo;
 Un zéfiro del cielo balanceando
 De la caña y la vid el fruto opimo,
 Mezcla su grato olor con el aroma
 De la fresa, naranja y dulce poma.

LX.

En tanto Doroteo abre camino
 Por la idólatra turba que seguía
 En las orgias de Flora. Al Esquilino
 Llega donde la casa se veía
 Que otro tiempo habitó el cantor divino.
 De Eneas; en su puerta todavía
 Aceptaba los cultos del Romano
 Un laurel que plantára con su mano.

LXI.

Esta morada en tiempo mas tranquilo,
 Doroteo compró, y aquí llevaba
 La vírgen para darla pronto asilo.
 De sus tristes lamentos la llenaba
 Demódoco; delante el peristilo
 En el polvo sentado se encontraba,
 Cuando por medio de la sombra oscura
 Avanzar dos guerreros se figura.

LXII.

«¿Quién sois? grita: fantasmas enviados
 «Por las Parcas, ¿venís á arrebatarme
 «A la noche del orco? ó sois llegados
 «La muerte de Cimódoce á anunciarme?
 «Caiga el Cristo! los templos dedicados
 «Al Dios que mi hija pretendió robarme.....
 «Y este Dios te la vuelve á tus abrazos.»
 Le responde su hija ya en sus brazos.

LXIII.

Por tierra el yelmo va de la doncella,
 Y el cabello saltándola esparcido,
 Se convierte el guerrero en vírgen bella.
 El padre pierde entonces el sentido;
 La familia en su auxilio se atropella;
 Vuelve en sí; mas de gozo poseído,
 Apenas el misterio comprendia
 Que su hija á sus brazos le volvía.

LXIV.

La jóven le alhagaba, y placentera:
 «Por fin te hallo despues de ausencia triste!
 «Padre mio, yo soy; por quien primera
 «Y sola vez el nombre conociste
 «De hija pronunciar. No bien naciera
 «Cariñoso en tus brazos me cogiste,
 «De besos y caricias me colmabas,
 «Y en bendecir mis dias te alegrabas.

LXV.

«Cuántas veces, colgada de tu seno,
 «Hacerte el mas feliz te prometia;
 «Y de llanto los ojos ahora lleno!
 «¿Eres tú á quien abrazo en este dia?
 «¿El cielo amaneció por fin sereno?
 «Gozemos, padre mio, la alegría
 «Que nos dá en corto plazo, tú no ignoras
 «Que de la dicha breves son las horas.»

LXVI.

Este entonces: «honor de mis pasados,
 »Hija mas grata que el destello puro
 »Que ilumina á los Manes fortunados,
 »¿Podria mi dolor contarte duro?
 »¡Con qué anhelo en los sitios habitados
 »Por tí otro tiempo te busqué, y el muro
 »Rodéaba sin cesar, de noche y dia,
 »El muro que á mis ojos te escondia!

LXVII.

«Ay! me decia yo, su nupcial velo
 »No seré quien prepare, ni el que encienda
 »La antorcha de su Himén: solo en el sueló
 »Pasaré vejez triste sin que entienda
 »La voz de la que hacia mi consuelo!
 »Cuando á mi hija abrazaba y cara prenda
 »En el Atico mar, ¿quién me diria
 »Que por última vez la abrazaria?

LXVIII.

«¡O qué ojos me volvia enternecidos!
 »¡Qué sonrisa en sus labios! ¿Era aqueste
 »Su postrer sonreir? Rasgos queridos,
 »Semblante donde brilla luz celeste,
 »¿Os veo al fin? ¡Qué dulce los latidos
 »Sentir de un jóven corazón con este,
 »Con este corazón de amor gastado,
 »De penas y conflictos acabado!»

LXIX.

Tal del padre y la hija es el gemido:
 Cuando Alcion en la ola undisonante
 Ve mecer sus polluelos en el nido
 Que debe tragar pronto el mar bramante,
 Con ellos hace oír dulce quejido.
 Doroteo los lleva á aquel instante
 Donde habia dos lechos preparados,
 Y al amor mútuo los dejó entregados.

LXX.

En contar lo pasado, en paternas
 Caricias y ternuras se pasará
 La noche, si el Antiste de inmortales
 A los piés de su hija no exclamára:
 «¡Pon, hija mia, término á mis males!
 «Hierócles ya no existe; deja esa araña
 «Que sin cesar te exponé á muerte fiera;
 «Vuelve al culto en que niña te instruyera.»

LXXI.

Cimódoce á su vez se precipita
 En los brazos del padre: «¡Qué terrible
 «Tentacion, padre mio! ay! evita
 «De probar tu hija frágil y sensible.
 «El Dios la deja que en su seno habita.
 «Si explicarte el amor fuera posible
 «Que ha sabido poner este Dios santo
 «En una hija que te amaba tanto!»

LXXII.

«¡Ese Dios que inhumano en mi hija cara
 «Robarme quiso el único tesoro,
 «Y á tu esposo por siempre te separa!
 «No, no por siempre perderé yo á Eudoro.
 «El vivirá ; su triunfo le prepara
 «Gloriosa palma de inmortal decoro,
 «Sacra diadema de divino esmalte,
 «Cuyo brillo en su esposa fiel resalte.»

LXXIII.

En tanto la doncella que en su pecho
 Esconde alto designio, al padre hacia
 Con instancias tenderse sobre el lecho
 Receloso el anciano la temia
 Perder de vista bajo el mismo techo:
 Así en la acalorada fantasía
 Del que sueña en la noche sueño triste,
 La misma idea con la luz persiste.

LXXIV.

En el segundo lecho se recuesta
 La vírgen, y al Señor ora en secreto:
 «O Dios á quien nuestra alma es manifiesta;
 «Si de Vos mi designio fuere acepto,
 «En esto lo sabré: con marcha presta
 «Descienda vuestro ángel, dulce y quiéto
 «Sueño infunda en mi padre fatigado:
 «Guardadle, ó Dios, de mi siendo dejado.»

LXXV.

En alas fláneas su oracion asciende
 Al trono de Emanuel: con mansedumbre
 De su vírgen acepta el voto entiende.
 Luego el ángel del sueño de la cumbre
 Del empíreo se lanza, y rauda hiende
 Por el éter inmenso, pura lumbre,
 Llevando el áureo cetro con que calma
 La pena que del justo turba el alma.

LXXVI.

Atravesando rápido la esfera,
 Se abaja á nuestro globo, dirigido
 Por los gritos de lástima que oyera.
 En los montes de Arcadia detenido,
 Los valles, ahora yermos, considera,
 Del Eden, (5) y recuerda haber venido
 A infundir dulce sueño al primer padre
 Cuando Dios formó de él la primer madre.

LXXVII.

Luego dirige el vuelo á la montaña
 Del Líbano, torrentes aplanando,
 Montes, valles; se abate á la campaña
 Que habitó el Patriarca venerando;
 Pisa el mar que á Sidon y Tiro baña;
 Y el destierro de Teucro atrás dejando,
 Rodas, Creta, Sicilia luego viera,
 Y de Italia descubre la ribera.

LXXVIII.

Entonces por los aires se desliza,
 Sin agitar sus alas; el orgullo
 De las ondas al paso tranquiliza;
 A los torrentes da grato murmullo;
 La flor sobre su tallo se amortiza;
 La paloma, dejando el manso arrullo,
 Esconde el pico bajo el ala tierna,
 El leon se adormece en la caverna.

LXXIX.

A los ojos del ángel consolante
 Parece Roma al fin. Oye el fracaso
 De la idólatra turba delirante;
 La deja en su locura; no hace caso
 De Galerio en su lecho vigilante;
 Los ojos de los Mártires al paso
 Cierra con sueño plácido, tranquilo,
 Y llega de Demódoco al asilo.

LXXX.

Su cetro sobre él tiende poderoso,
 Y sus párpados cierra al punto mismo
 El sueño mas profundo y delicioso.
 El viejo que hasta aquí en el paganismo
 Solo gustó del sueño pavoroso,
 Hermano de la muerte, que el abismo
 Con sustos y zozobra envuelto envía,
 Este sueño vital desconocía.

LXXXI.

Hechizo celestial, de paz compuesto
 E inocencia, que el alma recreando
 No la deja turbar sueño funesto:
 De la virtud parece vapor blando.
 El ángel del reposo no osa al puesto
 Llegar en que la vírgen está orando;
 Se inclina respetoso, deja el suelo,
 Y á esperarla en la gloria emprende el vuelo.

LXXXI

A los ojos del ángel consiente
 Parece Roma al fin. Oye el frascosolo
 De la idólatra turba
 La deja en su locura
 De Galerio en su locura
 Los ojos de los ángeles
 Cierta con sueño placido
 Y llega de Demócrito al asilo



LXXXI

En este sobre el tiempo padecido
 Y sus párpados cierta al punto mismo
 El sueño mas profundo y delicioso
 El vicio que hasta aquí el paganismos
 Solo gustó del sueño pazoso
 Hermano de la muerte que el mismo
 Con estas y xoxobra en vuelo
 Este sueño vital desconocia

NOTAS.



Octava VIII.

Que tiempo hacia suprimió el Senado.

(1) En el año 368 de la fundacion de Roma suprimió el Senado las fiestas de Baco por las abominaciones que en ellas se cometian.

Romance.

(2) Acaso criticarán algunos la introduccion de un romance en un poema heroico; pero si no rehusa la epopeya la expresion de los afectos dulces y sencillos, tampoco debe rehusar el metro que mejor sabe explicarlos. El romance se acomoda mejor por su soltura y facilidad al lenguaje de la melancolia, que debe tener cierta languidez como el corazon que la siente. La magestad da la octava y los sostenidos acentos del verso endecasílabo, vendrian mal con el decaimiento de la tristeza, y no podrian explicar la sensibilidad de sus afectos. Por esta razon prefirió Melendez el romance para esta clase de poesia; yo he querido imitar á tan buen maestro, y si esta excusa no bastase, adviertan los criticos que Cimódoca no tiene lira para cantar sus quejas.

Romance.

De Ceres me hallo acostada.

(3) Sobre la paja.

Octava LIV.

Con un yelmo, y la adapta una pretexta,

(4) La pretexta era una toga blanca con labores de púrpura.

Octava LXXVI.

Del Eden, y recuerda haber venido.

(5) Es verdad que un coro de ángeles cantó sus alabanzas al lado de su cuna; pero los ángeles bajan frecuentemente á la tierra, porque olvidan que el antiguo Eden no es mas que un vasto cementerio; y cuando el aspecto de las montañas fúnebres se lo recuerda, se huyen á los cielos envolviéndose en largos velos de lutos. (*Mesiada de Il'opctoh, cant. II.*)

LXXX

NOTES

E innocencia, que...

No la deya turbar suelta fonsa:

De la virtud furtiva al dolo.

Que tiempo hacia suprimió el censo.

(1) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(2) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

Y

(3) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(4) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(5) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(6) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(7) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(8) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(9) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(10) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(11) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

De Ceres me halla precostada.

(1) Sobre la paja.

Odeza LIX.

Con un yelmo, y la adarga una proleja.

(2) La proleja era una tela blanca con líneas de paja.

Odeza LXXVI.

Del Eden, y reuena habar reuena.

(3) El reuena que se usaba en el Eden era una tela blanca con líneas de paja.

(4) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(5) A esta vez se introdujo la introducción de un convento en un país que no había; pero si no se hubiera la expresión de los otros conventos y familias, tampoco habrían podido ser suprimidos los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

(6) En el año 1707, de la ley de supresión de los conventos, se suprimieron los conventos de San Juan de los Rios por las administraciones que en ellos se practicaban.

LOS MÁRTIRES.

CANTO DECIMO OCTAVO.

SUMARIO.

Despedida de la Musa. Enfermedad de Galerio. Anfiteatro de Vespasiano. Eudoro es conducido al martirio. Sumerge Miguel á Satanás en el abismo. Cimodocea huye á escondidas del lado de su padre, y va á buscar á Eudoro en el anfiteatro. Sabe Galerio que Constantino ha sido proclamado César. Martirio de los dos esposos. Triunfo de la Religion cristiana.

CANTO XVIII.

I.



Musa, que en tan áspero camino

Te has dignado seguirme placentera

Mis pasos dirigiendo á su destino,

Ahora puedes volver á la alta esfera!

Del término me veo ya vecino;

Yo andaré lo que falta de carrera,

Que para entonar himnos funerales

Basta la simple voz de los mortales.

II.

A Dios, Virtud celeste, que ingeniosa
 Al poeta inmortal que voy siguiendo,
 Sublime canto diste en dulce prosa.
 Feliz yo si su mente trascribiendo
 En lengua de los Dioses majestuosa,
 La lira de Millón sonar haciendo,
 He podido imitar la melodía
 Del cisne cuya voz guió la mía.

III.

Sí, cantor inmortal! en tí señala
 La Musa su poder: con vario ingenio,
 De inocencia vistió tu bella Atala,
 De pompa y magestad al sacro Genio.
 Mas nada la riqueza, brillo y gala
 Supera con que cantas del Mesenio
 Árcade santo par la ilustre gloria,
 Y haces triunfar la Iglesia en su victoria.

IV.

Como el cisne al morir entona el canto
 Mas dulce y armonioso, tal admira
 Tu voz al despedir el Númen santo.
 Al cielo te remontas.... ¡ah! tu lira
 Déjame como Elías soltó el manto
 Desde el carro en que á la alta esfera gira:
 Si á Eliseo con él da doble aliento,
 Con imitarte á tí seré contento.

V.

A celebrar entonces me esforzara
 Al inmortal campeón del pueblo hispano,
 Que á regiones incógnitas llevara
 Con la gloria del nombre Castellano,
 La Fe y la Religion que le animára;
 El que en el vasto imperio Mejicano
 De Satán derrocó el postrer baluarte
 Plantando de Castilla el estandarte.

VI.

Y la negra calumnia caería,
 Parto de insana envidia, que ha intentado
 Juntar del heroismo la osadía
 A la crueldad del ruin y del malyado.
 En todo su esplendor parecería;
 La gloria del varon que han respetado
 Los siglos, y hasta aquí, falto de Homero,
 Sus hazañas celebra un mundo entero.

VII.

Mas ya parece, ó Musa, que me llenas
 De bélico furor, y al temeroso
 Sonido del clarin hierva en las venas
 La sangre con ardor..... deja en reposo
 Acabe de contar las duras penas
 Que preceden al triunfo venturoso
 De los Mártires santos, y el castigo
 Que prepara el Señor á su enemigo.

VIII.

El ángel del consuelo rehusára
 Escuchar á Galerio, y al tremendo
 Angel del exterminio lo entregára.
 La ponzoña en sus venas discurriendo,
 Un mal estallar hace que ocultára:
 Su cuerpo la mitad se va encogiendo,
 La otra mitad, hinchándose cual odre,
 Rebienta en llagas que destilan podre.

IX.

Cuando al borde de un lago en que se embosca,
 Entre espeso juncal, fiera serpiente
 De fuerte toro en el hijar se enrosca,
 El brioso animal brama impaciente;
 Rompe el aire con la hasta; entre la rosca
 Se agita del reptil; mas luego siente
 La fuerza del veneno, y flaqueando
 Se echa en tierra mugido horrible dando.

XIV.

Así ruge Galerio: la gangrena
 Devora su interior; gusano inmundo
 Roe al que de su fama el orbe llena,
 Y á su ambicion es poco todo el mundo.
 Con grito aterrador la sala atruena;
 Al médico amenaza, y furibundo
 Ya maldice á Esculapio, Apolo, Higia,
 Ya invoca las Deidades de la Estigia.

XI.

»Príncipe! exclama un médico instruido
 »En la fe del cristiano, está dolencia
 »Sobrepuja nuestro arte: mas subido
 »Principio has de buscar; en tu conciencia
 »Repasa lo que el fiel de tí ha sufrido,
 »Y admira de su Dios la providencia.
 »Yo estoy pronto á morir con mis hermanos,
 »Mas sabe que remedios no háis humanos.»

XII.

Tal franqueza á Galerio en ira enciende,
 Renunciar al dictado no pudiendo
 De *Eterno* que usurpar á Dios pretende.
 En vez de revocar su edicto horrendo,
 Lo manda confirmar, y el día atiende
 Para ir al circo á dar en estupendo
 Espectáculo un Príncipe espirando
 La muerte de sus súbditos mirando.

XIII.

Ya del sagrado Tiber la onda flava,
 Lucrétila, Tibúr, de Alba la loma
 Al fuego de la aurora se alegraba.
 Las flores despedían grato aroma;
 La gota de rocío que colgaba
 Del tallo, cual maná brilla; de Roma
 Todo el campo se ve resplandeciente
 Al esplendor del aura renaciente.

XIV.

A lo lejos los montes del Sabino
 Que una nube diáfana envolvía,
 Del color se pintaban purpurino
 De la ciruela en cierne; se veía
 Subir el humo del lugar vecino;
 La niebla por los montes se corría:
 Nunca mas bella aurora abrió el oriente
 Para alumbrar el crimen inclemente.

XV.

O sol! del carro ignífero en que sales
 Y al ocaso magnífico caminas,
 Qué te hace el clamor de los mortales!
 Ya asomas al oriente, ya declinas,
 Tu curso no perturban nuestros males;
 Con unos mismos rayos iluminas
 El vicio y la virtud: todo se altera,
 Y tu sigues tranquilo tu carrera.

XVI.

Entre tanto la plebe se agolpaba
 Al circo: toda Roma va sedienta
 De la sangre del fiel: este velaba
 Su frente con el manto; aquel sustentaba
 La umbela de colores: vomitaba
 El pórtico la turba, cual rebienta
 Torrente enfurecido, el dique roto,
 Que inunda en un instante vega y soto.

XVII.

Las gradas del teatro así al momento
 Se cubren con cien mil espectadores;
 Rejas de oro resguardan el asiento
 Donde están los ilustres senadores.
 De ingenioso resorte al movimiento,
 Para templar del aire los ardores,
 Agua rosada y vino en chorro asciende
 Y en rocío odorífero descende.

XVIII.

Tres mil estatuas bronceas, infinito
 Busto y cuadro la escena decoraban;
 Columnatas de pórfido y granito,
 Balaustrés de cristal que coronaban
 Floreros de labor y arte exquisito.
 En torno de la arena batallaban
 Nadando en un canal ancho y profundo
 Cocodrilo, é hipopótamo iracundo.

XIX.

Elefantes, leones enrabiados,
 Toros, tigres, panteras, fieros osos,
 A destroz ar el hombre acostumbrados,
 Asustan con rugidos espantosos,
 En las cuevas del circo encadenados.
 Gladiadores no menos horrorosos,
 Acá y allá ensayando sus forzudos
 Brazos, al cuerpo se echan fuertes nudos.

XX.

Junto al antro de muerte se elevaban
 Públicos lupanares: las rameras
 (¡ Y damas nobles á ellas se mezclaban!)
 Con gritos tripudiar desnudas vieras.
 Si las Ménades juntas que espiraban
 Bajo el peso de Baco en las carreras,
 La afrenta entenderás y la deshonra
 De un pueblo esclavo, sin virtud, sin honra.

XXI.

La cárcel de San Pedro ya tenía
 La guardia del Pretorio rodeada
 Que al martirio los Santos conducía.
 Por órden de Galerio en la estacada
 Primero Eudoro parecer debía
 A combatir: así en tropa esforzada
 Se busca á derribar primeramente
 El audaz campeón que marcha al frente.

XXII.

El guardian de la cárcel se adelanta,
 Y á Eudoro: «á morir ven!» le dice fiero;
 «A vivir!» le responde, y se levanta
 De la piedra en que yace. El prisionero
 Rompe en lágrimas tiernas: «Tropa santa,
 »No temas, dice el Mártir placentero;
 »Breve instante en la tierra nos separa,
 »Eterna union el cielo nos prepara.»

XXIII.

A trance tal Eudoro ha reservado
 Blanca túnica y manto primoroso
 Que bordára su madre, destinado
 A su pompa nupcial: no tan hermoso
 Se ve al cazador árcade agraciado
 Que, fiando en su arte, va orgulloso
 A disputar el premio en la pelca
 Del arco ó de la lira en Mantinea.

XXIV.

El pueblo y los pretorios su tardanza
 Acusan, y hacen oír gritos atroces:
 «Vamos!» responde el Mártir y se avanza
 Tranquilo á los satélites feroces.
 Bendícele Cirilo; la alabanza
 Entonan del Señor con suaves voces
 Los fieles en el cántico divino
 Compuesto por Ambrosio y Agustino.

CORO.

Confesion y alabanza te damos
 De los cielos y tierra Señor;
 A los Angeles, Tronos juntamos
 Nuestras voces en sacro loor.

Himno.

De Sabaot el nombre
 En el cielo reboa,

O Dios! y eterna loa
 Principia el Querubin;
 Y el Serafin ardiente
 Responde con el Angel
 La Virtud, el Arcángel
 Con cánticos sin fin.

A tí Apóstol, Profeta,
 A tí la tropa santa
 De Mártires te canta
 Loando tu bondad;
 Y en todo el universo
 La Iglesia te venera,
 O Padre! y considera
 Tu eterna magestad.

Tu Unigénito adora
 Que la infernal culebra
 Muriendo vence, y quiebra
 Su mortal aguijon;
 Y al santo Paracleto
 Que pura luz derrama,
 Y el corazon inflama
 Con septiforme don.

COORO.

Confesion y alabanza te damos,
 De los cielos y tierra Señor;
 A los Angeles, Tronos juntamos
 Nuevas voces en sacro loor.

XXV.

Aun seguía este místico epinicio,
 Y fuera de las puertas principiaba
 El Mártir á cumplir su sacrificio:
 De oprobios y denuestos le llenaba
 La turba que le espera, y con bullicio
 Se encaminan al circo. Aquel llevaba
 Ante el pecho este título colgado:
 «Eudoro fiel á muerte condenado.»

XXVI.

El ángel de tinieblas discurriendo
 Por los aires, se embriaga de alegría,
 Su triunfo asegurado ya creyendo:
 Contra el Santo al feroz pueblo encendia,
 Y el fanatismo y cólera creciendo,
 Aquel le apedreaba, este esparcía
 Bajo sus piés llagados y desnudos
 Vidrios rotos, guijarros puntiagudos.

XXVII.

Del Capitolio al circo iba marchando
 El Mártir lentamente, entre infinito
 Vulgo, La Via Sacra caminando.
 Ante el templo Statór, arco de Tito,
 A donde quiera ven ídolo infando,
 La plebe con furor redobla el grito,
 Y juntando amenazas al insulto
 Quiere que al simulacro ofrezca culto.

XXVIII.

«¿Debe el vencido al vencedor dar gloria?
 »Les respondia el Mártir: un instante,
 »Y luego juzgaréis de mi victoria.
 »Yo veo, ó Roma, un Príncipe triunfante
 »Que se humilla á la cruz! vuestra ilusoria
 »Deidad sale del templo..... huye bramante!
 »Sus puertas cierran ya bronceos cerrojos,
 »Y su desierto umbral cubren abrojos!»

XXIX.

«Desgracias nos predice! el pueblo grita:
 »Demos fin al impío blasfemante.»
 Y con furor sobre él se precipita
 Queriendo hacerle trozos delirante:
 La guardia con trabajo se lo evita.
 Cuanta estatua se alzó á Eudoro triunfante,
 Derribáran por tierra; por acaso
 Una sola quedára en pié á su paso.

XXX.

Mirándola un soldado, enternecido,
 Para ocultar su rostro, la visera
 Se bajaba; del Santo apercebido:
 «¿Porqué lloras mi gloria pasajera?
 »Hoy es dia del triunfo esclarecido;
 »Si quieres, igual honra á tí te espera.»
 Tal discurso en el alma penetrára
 Del guerrero, y la fe luego abrazára.

XXXI.

Eudoro llega así al afiteatro,
 Como un noble corcel, de mortal lanza
 Herido sobre el bélico teatro,
 Al encuentro no obstante se abalanza
 Sin parecer sentir el golpe. Cuatro
 Robustos gladiadores con pujanza
 Del circo abren la puerta rechinante,
 Y el Mártir entra en él solo y triunfante.

XXXII.

Un grito universal entonces suena
 Con aplausos furiosos, prolongados
 Desde el fastigio sumo hasta la arena.
 Los léones en las cuevas encerrados
 Responden, sacudiendo su melena,
 Con rugidos á tal gozo acordados.
 Tiembla el pueblo, de espanto se estremece
 Solo el Mártir impávido parece.

XXXIII.

Gracias rinde al Señor que le ha traído
 A tan glorioso fin. Su patria cara,
 Padre, hermanas recuerda enternecido.
 Por su esposa y Demódoco rogára.
 Esta la última idea que ha tenido
 De la tierra; su espíritu separa
 Entonces de las cosas de este suelo,
 Y toda su atencion dirige al cielo.

XXXIV.

Augusto no llegara: mientras tanto
 Que hacia el Inspector señal del juego,
 Al concurso sentarse pide el Santo.
 Accede aquel: entonces con sosiego
 Embozándose el jóven en su manto,
 En la arena se echó que debe luego
 Con su sangre empapar, como se acuesta
 Sobre el musgo el pastor en la floresta.

XXXV.

En esto en las moradas inmortales,
 Del seno en que la esencia mora trina,
 Luz mas clara descende á los umbrales
 Del Santo de los Santos que ilumina
 Los inmensos espacios eternales.
 La corte celestial su frente inclina,
 Y oye esta voz con júbilo profundo:
 «Victoria á la Cruz santa! Paz al mundo!»

XXXVI.

Las cohortes de Mártires se elean,
 Y se forman en filas al sonido
 De la tuba eternal. Al frente Estévan,
 Con Cipriano y Lorenzo esclarecido
 Y á vos en medio, Antistes santos llevan,
 Honra, gloria, blason del distinguido
 Leal pueblo que el Ródano (2) destruye,
 Y el Arar sus murallas besa y huye.

XXXVII.

De nube luminosa rodeados
Bajan á recibir al fiel agosto;
Los Profetas y Apóstoles sagrados
El combate á admirar vienen del justo;
A Séfora los coros sublimados
Dan grato parabien; sola con susto
Aparta ella del suelo sus miradas
Que al trono del Señor tiene elevadas.

XXXVIII.

Arma entonces Miguel su fuerte diestra
Con la espada inmortal que fué delante
Del Dios de Sabaot cuando hizo muestra
De sus huestes volviendo al cielo ovante.
Una cadena toma en la siniestra
Que al fuego del relámpago brillante
Forjáran cien Arcángeles unidos
Por Querubin sublime dirigidos.

XXXIX.

Admirable labor! bajo el pesado
Martillo el metal fúlgido se estira,
De oro, plata y bronce elaborado:
Tres centellas le mezclan de la ira;
Eterna Maldicion, Terror airado,
Desesperacion; del rayo aguda vira,
Con la materia eléctrica y viviente
Que de Ezequiel compuso el carro ardiente.

XL.

Al signo de Elohé Miguel se lanza
 De lo alto de los cielos cual cometa.
 Los astros, de terror á tal pujanza,
 De su giro tocar creen la meta.
 Un pié pone en la tierra, el otro avanza
 Sobre el mar, y sonando la trompeta,
 Siete truenos con él sus voces dando,
 Exclama con acento formidando:

XLI.

«Su reino sobre el orbe el Señor funda;
 »El ídolo dió fin; la Cruz soterra
 »Todos sus enemigos. Raza inmunda
 »De tu hálito infernal libra á la tierra.
 »Y tú, Satán, descende á la profunda
 »Mazmorra del abismo, dó te encierra
 »Jehová por castigo de tus daños:
 »Amarrado estarás allí mil años.»

XLII.

En el ángel rebelde á tan tremenda
 Voz penetra el espanto: solo brama
 Satán y otra vez quiere la contienda
 Renovar con Miguel; á Astarte clama
 Para en órden poner la hueste horrenda;
 Pero Astarte, arrojado ya en la llama
 Con el bando infernal, paga los males
 Que acabára de hacer á los mortales

XLIII.

Satán solo luchar intenta en vano ;
 Las fuerzas le abandonan; destruido
 Su imperio, se le suelta de la mano
 El cetro; y dando un hórrido mugido,
 Blasfemias contra Dios diciendo insano,
 Baja al orco, y tras él bajan con ruido
 Las cadenas vivientes que le agarran,
 Y en el fondo del tártaro le amarran.

XLIV.

El hijo de Lastenes percibía
 Conciertos en los aires, acordando
 Mil cítaras doradas su armonía
 Con voces melodiosas; levantando
 Sus ojos á mirar, ve discurría
 Un escuadron de Santos, derribando
 Por Roma los altares, y que en nube
 Al cielo el polvo de las ruinas sube.

XLV.

Otro nuevo prodigio: á sus espaldas
 Ve en la tierra una escala que ascendía
 Hasta el cielo, compuesta de esmeraldas,
 Jaspe, safir, jacinto; descendía
 Un arcángel por ella, dos guirnaldas
 En las manos. El Mártir no sabía
 Quién fuese el compañero que le daba
 El cielo, y en su busca este marchaba.

XLVI.

Cuando entre el verde trigo de la aurora
 La luz matutinal calandria espera,
 Apenas el primer rayo colora
 Las nubes, deja el nido placentera
 Y principia la orquesta que enamora:
 Así aguardaba Ester la luz primera
 Para ir á entonar el dulce canto
 Que en el cielo enamora á Israel santo.

XLVII.

Un rayo deslizado entre la rama
 Del laurel de Virgilio, su ojo hiriendo,
 Al punto, con el fuego que la inflama,
 Salta en pie, y el sacro hábito vistiendo,
 Se llega silenciosa hácia la cama
 Donde el anciano padre está durmiendo.
 Húmedas ve del llanto sus mejillas,
 Delante de él se pone de rodillas.

XLVIII.

Su dulce respirar escucha; siente
 Cual será su dolor en despertando.
 La piedad la vencia. De repente
 Su amor y la fe santa recordando,
 Se levanta, y se va furtivamente
 Como novia Espartana que evitando
 Los ojos de la madre, va lijera
 Al sitio donde esposo fiel la espera.

XLIX.

El santo Doroteo y sus criados
 Entre la turba ya en el circo estaban.
 Los fieles asistian disfrazados
 Al combate del Mártir; y aguardaban
 Para hurtar los cadáveres sagrados:
 Así ves arrojarse, cuando acaban
 De levantar la mies en un barbecho,
 Las palomas que están cerca en acecho.

L.

La vírgen, sin estorbo, abre la puerta,
 Y se lanza en un pueblo no sabido.
 Vaga primeramente por desierta
 Calle, pues Roma entera habia ido
 Al circo; de llevar su paso incierta,
 Se detiene, y apreta atento oido
 Como escucha que en otra noche atiende
 Si un ruido al enemigo le sorprende.

LI.

Un lejano murmullo la parece
 Oír; corre lijera de aquel lado,
 Y segun se aproxima el ruido crece.
 Viejo, niño, muger, siervo, soldado,
 En confuso tropel luego se ofrece
 A su vista, á igual sitio arrebatado;
 Literas ve pasar, correr lijeros
 Coches, carrozas, damas, caballeros.

LII.

Mil acentos, mil voces allí oyerse
 En confuso rumor, como el estruendo
 Con que el piélagó bate las riberas.
 Entre estos gritos la doncella oyendo
 Repetir ; «los cristianos á las fieras!»
 «Aquí estoy yo!» responde aún no pudiendo
 Ser oída su voz, y á la colina
 Se avanza que al fatal circo domina.

LIII.

Descendiendo el collado la doncella
 Al salir de la aurora, parecia
 Como esta refulgente y viva estrella
 Que un instante la noche presta al día:
 La Grecia prosternada ver en ella
 De Zéfiro la amante (3) creeria;
 En su modestia, mas que en su vestido,
 Roma al punto una fiel ha conocido.

LIV.

«Prendedla, grita el pueblo, es fiel huida!»
 «Sí, responde la vírgen, soy cristiana,
 «Mas no huyo.... mirad, estoy perdida.
 «Las calles pude errar, yo que en lejana
 «Ribera de la Grecia soy nacida,
 «Y nueva en la ciudad Nación Romana!
 «Hijos fuertes de Rómulo! enseñadme
 «Donde teneis el circo, á él guiadme.

LV.

Tal sencillez de idioma que pudiera
 Los tigres amansar, del pueblo infando
 Solo burlas y escarnios le atrajera.
 La jóven tropezára con un bando
 De hombres y mugeres, chusma fiera,
 Bajo el peso del vino vacilando:
 Con gritos y frenética algazára
 La llevan dó la vírgen les rogára.

LVI.

El gladiador del circo no teniendo
 Orden de que otro Mártir á él admita,
 La prohíbe el entrar. ¡Caso estupendo!
 La jóven pide, ruega, solicita;
 Un cancel llega á abrirse, y descubriendo
 A su esposo, por él se precipita,
 Como del arco disparada flecha,
 Y á los brazos de Eudoro va derecha.

LVII.

La turba que el inmenso circo llena,
 Se ve al punto de pié en la gradería;
 Se mueve, tumultúa, clama, truena;
 Pregúntanse en confusa gritería
 ¿Por qué aquella muger entró en la arena?
 ¿Por qué en brazos del Mártir se veía?
 Los unos: «es su esposa, el traje tiene
 »Del martirio, á sufrirlo con él viene.»

LVIII.

Los otros: «es la esclava del tirano;
 »Nuestros Dioses en público ofendiera
 »Queriendo libertarla de su mano.»
 »¡Qué jóven, y qué hermosa!» prorumpiera
 Una tímida voz. El pueblo insano:
 »Mayor razon para que al punto muera:
 »No la dejemos tiempo de que aumente
 »Con prole impía la proterva gente.»

LIX.

La sorpresa mezclada á horrible espanto,
 El éxtasis y súbita alegría,
 Embargaban la voz del Mártir santo.
 Ya aprieta al seno la que ver ansía;
 Ya quiere separar la que ama tanto,
 Porque el tiempo que vuela, traer podia
 De aquella vida el fin por la cual diera
 Miles veces la suya si pudiera.

LX.

Entre llantos al fin: «¿á qué has venido,
 »O Cimódoce, aquí? ¡Debia verte
 »En trance tan fatal! ¿Quién te ha traído
 »Sobre este campo de venganza y muerte?»
 La doncella: «en tus libros he leído
 »Que la esposa seguir debe la suerte
 »Del varon, padre y madre abandonado;
 »El mio, por seguirte aquí, he dejado.»

LXI.

De Eudoro nota el rostro macilento
 Y herida mal vendada; un grito dando
 Se arroja con transporte y ardimiento
 Las llagas de su pecho y piés besando.
 ¿Quién podrá explicar bien el sentimiento
 De dulzura que goza el Mártir, cuando
 A través de las llagas del martirio
 Siente el suave besar de fresco lirio?

LXII.

El cielo inspira á Eudoro de repente;
 Rayos despide su cabeza, el brillo
 De la gloria de Dios cubre su frente.
 Quitándose del índice un anillo,
 Y en su sangre empapándolo reciente:
 «O muger! dice, ante el poder me humillo
 »De la gracia: no mas mi amor se opone
 »A lo que el cielo en su bondad dispone.

LXIII.

«Tu destino en la tierra es acabado;
 »Ni el padre ha menester de tu consuelo,
 »Que el Eterno le toma á su cuidado,
 »Y para siempre á unirnos va en el cielo.
 »Ya te habia, ó Cimódoce, anunciado
 »Tan dulce union; mas antes que del suelo
 »Lleguemos á partir, sêamos esposos:
 »Este el templo, el altar, lecho gloriosos.

LXIV.

»La pompa que nos cerca, en torno mira,
 »De aromas odorífero destello;
 »Los ojos de la fe alza y admira
 »Pompa bien superior, fasto mas bello.
 »De fuego santo ardiendo en sacra pira,
 »Pongamos á este amor perfecto sello,
 »Que la muerte no rompa, mas suspenda:
 »De esposa en este anillo ten la prenda.»

LXV.

En la arena se postra el par amante;
 El Mártir á Cimódoce entregára
 El anillo, y la dice: «fe constante
 »Te juro para siempre, esposa cara,
 »Como Raquel hermosa, semejante
 »A Rebeca en prudente, en fiel á Sara,
 »Si no en longeva vida: abunde y crezca
 »La virtud que en el cielo alto florezca.»

LXVI.

Los cielos se entreabren; canta el coro
 Angélico los himnos de la esposa,
 Con suave plectro hiriendo el arpa de oro.
 La madre de los mártires gloriosa
 Con su hija nueva á Dios ofrece á Eudoro:
 Todo el cielo en placer santo rebosa;
 Jesucristo bendice el hímen fausto,
 Amor les da el Espíritu inexhausto.

LXVII.

Entre tanto la turba que miraba
 Al par amante de rodillas puesto,
 Suplicarles la vida imaginaba.
 Hacia ellos el pulgar levanta presto,
 Signo con que los ruegos desechaba
 Del gladiador: tal era el solo resto
 De poder, que dejó la tiranía
 Al pueblo rey que en servitud yacia.

LXVIII.

El gladiador del pórtico llegára
 A preguntar del público el agrado.
 «Pueblo libre y potente! le arengára:
 »Esta fiel que en la arena ha penetrado,
 »Anoche de la cárcel se escapára;
 »Mas al circo la trae su mal hado:
 »¿Quedar debe?» La turba con voz fiera:
 »Los Dioses lo han querido, quede y muera.»

LXIX.

No son estos los hijos de aquel Bruto
 Que á Pompeyo maldicen porque hacia
 Luchar manso elefante. ¡Triste fruto
 De la bajeza de alma y tiranía!
 Este es el pueblo esclavo, disoluto,
 Cegado por feroz idolatría,
 Que renuncia, dejando el ser humano,
 La libertad y nombre del Romano.

LXXI

Repentino fragor de armas resuena;
 Todos vuelven la vista; cae el puente
 Que el palacio imperial junta á la escena.
 Un paso basta á Augusto solamente
 Para llegar del lecho de la pena
 Al morticinio; el mal sufre vehemente
 Que le roe los huesos cual carcoma,
 Por mostrarse esta vez postrera á Roma.

LXXIX

El imperio y la vida considera
 Huírsele á la vez; un enviado
 De las Galias la nueva le trajera
 Que Constancio expirára, y proclamado
 Por la tropa en su puesto su hijo fuera.
 Constantino se habia declarado
 Cristiano, y sus legiones reuniendo
 Viene á Roma su marcha dirigiendo.

LXXII.

Tal nueva, á que el temor aumento daba,
 El alma de Galerio perturbando,
 De su mortal dolencia el punto agrava.
 Mas su pena en su pecho concentrando,
 Bien por burlarse á sí, bien que intentaba
 Engañar á los hombres, vacilando,
 Va á sentarse este espectro en su hora extrema
 A su balcon cual Muerte con diadema.

LXXIII.

No bien pareció Augusto en la asamblea,
 Al instar el concurso numeroso
 Se levanta, saluda y victorea
 Al César moribundo. Respetuoso
 Eudoro se inclinó. Cimodocea
 Va á suplicar la vida de su esposo;
 Y á fin de hacer su ánimo propicio,
 A sí misma se ofrece en sacrificio.

LXXIV.

Al César vacilante entre la duda
 De ser cruel ó perdonar clemente,
 La multitud feroz viene en ayuda.
 La vista de la víctima inocente
 Acrecienta su sed; con voz sañuda:
 «Que se suelten las bestias!» grita ardiente;
 Eudoro por su esposa hablar queria,
 «Las bestias! á las bestias! repetia.»

LXXV.

Los gritos continuaban sanguinarios,
 Cuando el toque primero el clarín suena:
 Al punto correr vieras emisarios,
 Y salir gladiadores de la escena;
 El fiero capataz de los Retiarios (4)
 Cruza con marcha rápida la arena,
 Para ir á abrir al tigre mas sangriento,
 A cuya rabia el hambre daba aumento.

LXXVI.

Entonces se levanta una porfía
 (Por siempre memorable!) entre el par santo,
 Sobre quien el postrero moriria
 Por no causar al otro dolor tanto.
 «Herido estás, Cimódoce decia,
 »Las fuerzas desmayadas del quebranto;
 »Yo conservo el vigor y fuerza entera,
 »Justo es que combata la postrera.»

LXXVII.

«Yo soy cristiano antiguo, Eudoro alega,
 »Avezado al dolor y á la congoja;
 »Permite que el postrero en la refriega
 »Tus últimos suspiros yo recoja.»
 El Confesor, hablando así, desplega
 Su manto y á Cimódoce lo arroja,
 Por cubrirla mejor en el desastre
 Al que en la arena el animal la arrastre.

LXXVIII.

Temia el Mártir santo en tal momento
 No llegase á manchar muerte tan pura
 La menos casta idea ó pensamiento
 Del concurso. Quizás de la natura
 Este el postrer instinto, el movimiento
 De los zelos, que nace, crece y dura
 Con el amor, á veces tiraniza,
 Y hasta en las almas justas se desliza.

LXXIX.

Otra vez el clarín suena espantoso:
 Crujen los goznes de la férrea caja
 Que encierra el tigre; el gladiador medroso
 Por el circo á ponerse en salvo ataja.
 La vírgen se coloca tras su esposo;
 El Santo que en aliento la aventaja,
 Sus brazos hácia el cielo en cruz alzando,
 Por su mismo enemigo se ve orando.

LXXX.

El funesto clarín da el son postrero:
 Despréndese del tigre la cadena,
 Y con fuerte rugido el monstruo fiero
 De un bote se lanzó sobre la arena.
 Terror involuntario al pueblo entero
 Obliga á estremecer. De espanto llena
 La vírgen: «ay! salvadme!» á Eudoro grita,
 Y en sus brazos veloz se precipita.

LXXXI.

El esposo, tornándose la agarra
 En sus brazos y aprieta con su pecho.
 Llega el fiero animal, hince la garra
 En el hjar del Mártir, y derecho
 Los hombros con los dientes le desgarrá.
 Cimodocea alzando en tal estrecho
 Sus ojos asustados, ve la boca
 Del tigre que en la frente á Eudoro toca.

LXXXII.

Antes que en ella el animal se cebe,
 El calor la abandona de la vida ;
 Sus párpados se cierran ; queda leve
 De los brazos del Mártir suspendida ,
 Como se ve colgar copo de nieve
 Sobre un pino del Ménalo ó del Ida.
 Las vírgenes Inés y Eulalia Ibera
 Bajan á recibir su compañera.

LXXXIII.

Rasgado el cuello ebúrneo el tigre habia :
 El ángel del martirio silencioso
 La toca con su hoz , y al cielo envía ,
 Sin pena , sin esfuerzo doloroso ,
 El soplo celestial que parecia
 Andar prendido en cuerpo tan gracioso :
 Como la flor cayó que entre heno siega
 La guadaña del rústico en la vega.

LXXXIV.

Un instante despues la sigue Eudoro
 A la eterna mansion ; lo hubieses creído
 Sacrificio de paz , paloma y toro ,
 Por la familia Aarónica ofrecido.
 De música celeste se oyé el coro ;
 Mas luego de las nubes suspendido
 El lábaro se ve que á Roma guia
 Quien viene á castigar la tiranía.

LXXXV.

El trueno retumbó en el Vaticano:
 Cual súbito volcan que violento
 Sacude el monte y estremece el llano,
 Retiembla del teatro el fundamento;
 Por tierra va la estatua y signo vano
 Haciéndose mil trozos; este acento
 Del Capitolio se oye en la alta loma:
 «Los Dioses dejan para siempre á Roma.»

LXXXVI.

Desierta el pueblo atónito la escena.
 Galerio á su palacio retirado,
 Ciego de ira, con sed de sangre, ordena
 Que todo fiel á muerte sea dado.
 Constantino aparece entre la almena
 De la ciudad. Galerio acongojado,
 Cede en fin al horror del mal interno,
 Y espira blasfemando del Eterno.

LXXXVII.

En valde otro tirano se levanta:
 Dios truena; la Cruz brilla; Constantino
 Bate, hiere, soterra, asusta, espanta;
 Majencio se echa al álveo Tiberino;
 Tremola el vencedor la enseña santa
 En la ciudad eterna, y de continuo
 La raza del verdugo, al fiel adversa,
 Se confunde, se esconde, se dispersa.

LXXXVIII.

Demódoco, al dolor duro cediendo,
 Sus postreros suspiros exhalára
 En los brazos del Príncipe, pidiendo
 El bautismo que lo una á su hija cara.
 Constantino á los sitios va corriendo
 Donde el resto mortal se amontonára
 De las víctimas santas; los esposos
 Halla que resplandecen luminosos.

LXXXIX.

Por prodigio del cielo sus heridas
 Habíanse cerrado, y en su frente
 De la paz y la dicha reunidas
 Brillaba la expresion con luz fulgente.
 Juntas yacen las víctimas que unidas
 Fueran con santo fin, dó antiguamente
 El hijo de Lastenes corrió el risco
 De ser lanzado del cristiano aprisco.

XC.

Las legiones que Eudoro condugera
 Otro tiempo al combate, el mausoléo
 Cercan del general. La águila fiera
 De Rómulo se humilla por trofeo
 A la cruz que tremola en la bandera.
 Constantino, ya Augusto, con deseo
 Hace aclamar sobre el sepulcro mismo
 El culto del imperio el Cristianismo.

NOTAS.



Octava XXXVI.

Y á vos en medio, Antistes santos llevan.

- (4) San Potino y San Ireneo, obispos de Leon de Francia.

Ibidem.

Leal pueblo que el Ródano destruye,

- (2) Ubi Rhodanus, ingens amne prærapido fluit,
Ararque dubitans quo suos cursus agat.
Tacitus, quietus alluit ripas vadis.

(*Sen. in Agricol.*)

Fulmineis Rhodanus quæ se fugat incitus undis,
Quaque pigro dubitat mitis Arar,
Lugdunum jacet, etc.

(*Jul. Cæs. Scalig*),

Octava LIII.

De Zéfiro la amante creeria;

- (5) La Aurora, á quien amó Zéfiro.

Octava LXXV.

El fiero capataz de los Retiarios

- (4) Gladiadores que usaban de red en los combates.

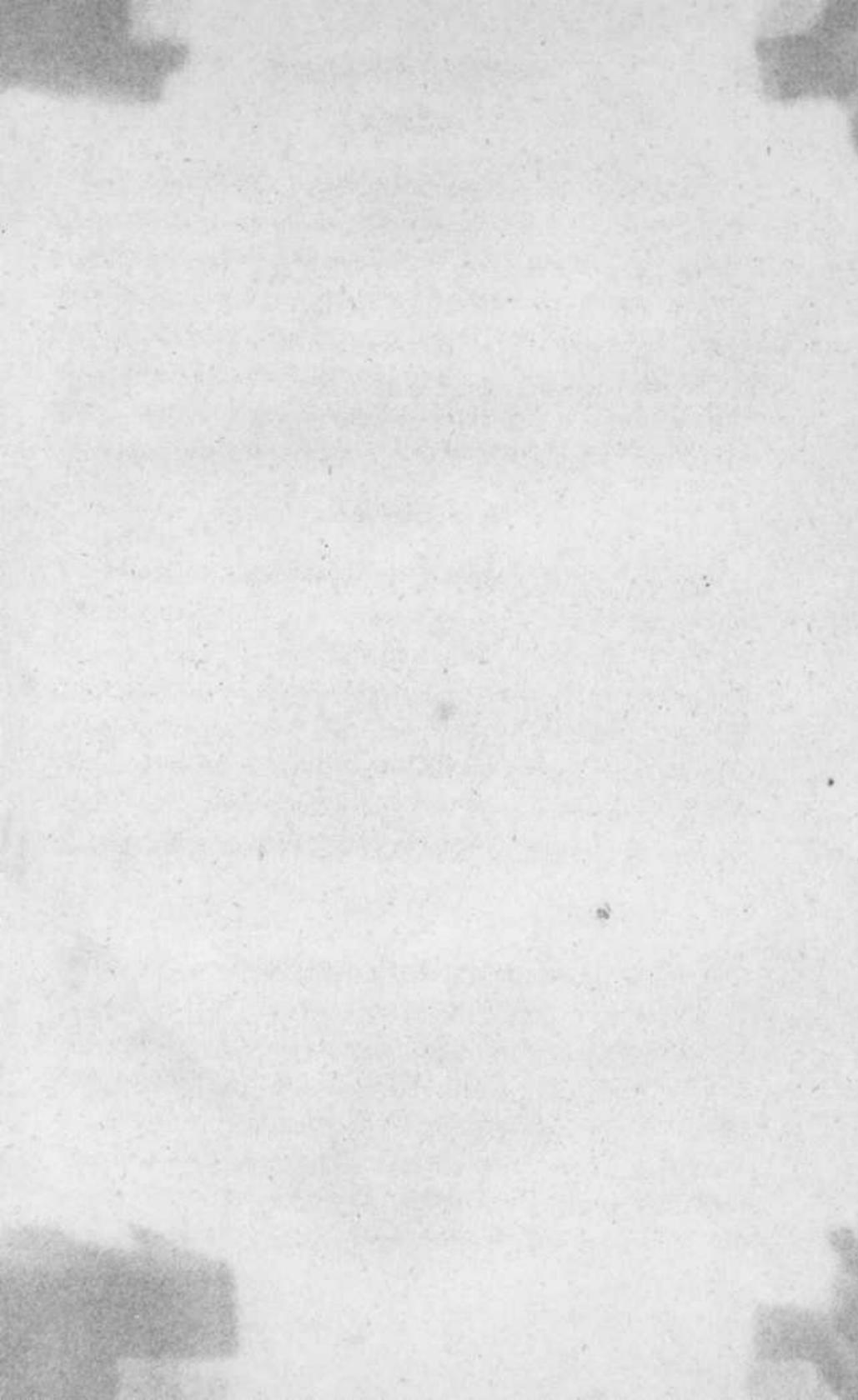
FIN.

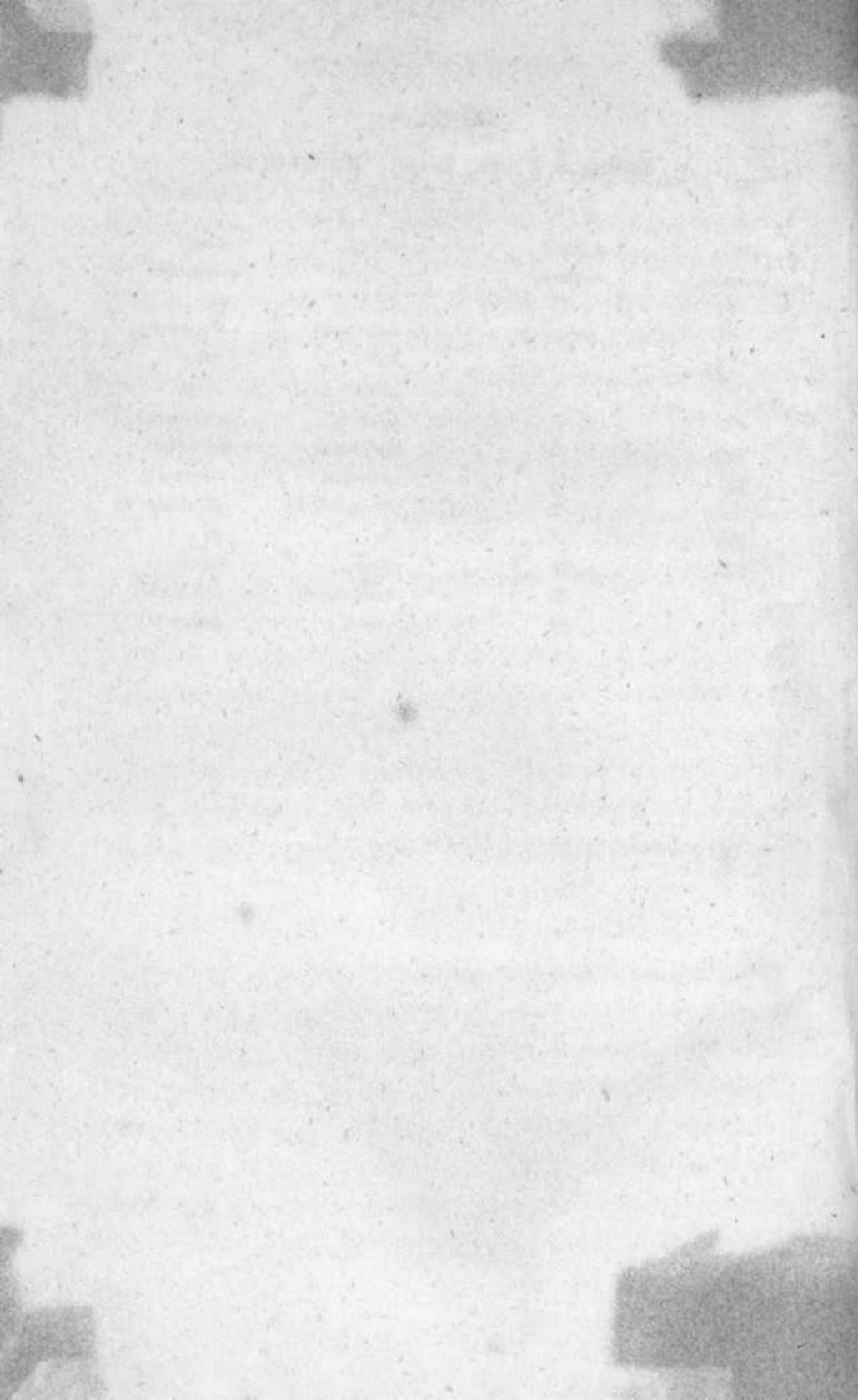
ERRATAS DEL TOMO II.

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
~~~~~	~~~~~	~~~~~	~~~~~
54	25	mi	ni
61	9	Constancio	Constantino
74	2	balle	valle
94	3	enejos	enejos
403	4	guerros	guerreros
215	4	derrivada	derribada
293	48	xtremos	extremos.
296	3	El opiso be	El obispo do
203	40	da	de
320	47	cleva	clevan
id.	20	esclarecido	esclarecido
id.	24	santos	santos (4)

INDICE DEL TOMO II.

PAG.	LÍNEA	DIR.	FRASE
14	21	antes	antes (1)
15	20	construcción	construcción
200	17	flora	flora
202	10	de	de
206	5	El siglo de	El siglo de
207	13	extremo	extremo
212	4	diversidad	diversidad
402	4	guerra	guerra
94	2	casos	casos
74	2	de	de
81	2	Comisión	Comisión
84	22	ni	ni











CHATEAU  
LOS  
MARTINES



2



5558

